

escrito a máquina

La Dama Elegante



La espera de un taxi y el paso por la acera de una dama elegante. (La estela de su perfume caro pasó retando al olor pendenciero de los nancites). El comentario de la frutera en diálogo con el vendedor de anteojos. La exclamación, entre resentida y burlona —“¡vieja engolillada!”— del carretillero... fueron los elementos que me recordaron una reciente conversación sobre las modas. Alguno decía que ese cambio constante en el vestir era una señal de cansancio y por lo tanto de decadencia de nuestra sociedad. “Es el cansancio final” —observó un joven, sin recordar la complicada y universal historia del traje—. Otro opinó que las modas no eran otra cosa que una promoción de ventas de los grandes fabricantes y comerciantes internacionales.

—Evidente! —exclamó otro de mis amigos (por cierto, economista), pero ¿son ellos los que han creado ese apetito de cambio que constituye LA MODA ó solamente lo fomentan? ¿De dónde viene? No todas las sociedades tienen tan agudamente desarrollado ese deseo de “lo nuevo” ni esa pérdida de interés por lo viejo que caracteriza al mundo occidental por influencia —creo yo— de los Estados Unidos.

Alguien dijo, entonces, que la moda era generacional y que nacía del deseo de diferenciarse y de afirmarse de los hijos contra o frente a sus padres.

Pero ¿contra quién se afirma la misma mujer cada verano que cambia de moda, o el rico que cambia de modelo de automóvil?

Fue hasta que oí el diálogo impublicable de la frutera y del vendedor de anteojos —al paso de la dama elegante— que recordé una página de ARNOLD HAUSER en que afirmaba que el vestido es uno de los medios con los que las clases superiores tratan de distinguirse exteriormente de las inferiores. Las clases inferiores tratan, a su vez, de vestirse igual y de seguir el progreso de la moda; pero, antes de que se equiparen, las superiores vuelven a modificar su traje y la lucha por mantener la diferencia prosigue incesantemente. Cuanto más inestable es una situación social, cuanto más depende de la sola economía, más frecuente es el cambio de modas. En las sociedades agrícolas— como fue nuestra sociedad colonial— en las que la tradición es más fuerte que el impulso de ascenso social, las modas son más lentas y sus cambios casi imperceptibles.

La “última moda” produce un complejo de envidia y de irritación. La dama elegante va proclamando una distinción en plena calle. Eso irrita porque es un reto. El reto incesante del hombre —que es mucho más agudo en la mujer— por distinguirse, por sentar una superioridad.

Ya Oviedo cuenta que entre las indias de la Nicaragua precolombina “el traje designaba el rango social”. Las mujeres de la gente común llevaban su nagua hasta las rodillas en tanto que “las principales” la llevaban cerca de los tobillos y era de textura más fina.

La mujer es la primera en romper las situaciones indiferenciadas. Ya en Rusia las hijas de “la nueva clase” repiten en sus trajes lo que todos los sociólogos habían notado en las hijas de la Revolución Francesa, o de la Revolución Mexicana o de cualquiera otra conmoción igualitaria.

El fenómeno social que revelan las modas acusa su profundidad en la lengua. Ese mismo apetito de diferenciación lo encontramos en el profesional con respecto del lego. Y en el técnico respecto al hombre vulgar. Un abogado no usará —para sus pleitos— el término vulgar, pero propio de su lengua: LIDIAR (que se lo apropiaron los toreros) sino que usará el verbo “litigar” (cogido directamente del latín) para diferenciarse. “El especialista en enfermedades de la vista no se llamará OJISTA, como vulgarmente debería derivarse de OJO, sino OCULISTA, derivado directamente del latín OCULUS”. Etc.

Constantemente el hombre tiende a establecer una distinción que marque su categoría económica, técnica, cultural, social, etc., y ese afán lo registran los trajes y la lengua en su secreta y constante floración. La forma de una corbata —que hoy usamos sin saber— o la extraña herencia de una palabra pedante ¿de qué acomplexado señor que quiso distinguirse y afirmar su distinción provienen?

¿Cuántas palabras que hoy escuchamos a nuestros planificadores de paraísos no son más que palabras DISTINTAS para designar la misma realidad que todos conocemos pero que hay que recubrir de voces nuevas para destacar a quien las dice?

Pero lo interesante es que generalmente la mujer sirve para negar la demagogia. La sociedad sin clases comienza a revelar su falla en el vestido de la hija del líder. El diputado “hijo del pueblo” destruye todo su hermoso discurso proletario cuando la dama elegante —su esposa— pasa por la esquina de la frutera...

PABLO ANTONIO CUADRA